

86B  
PB

PA6629

.A7

D8

---

Es propiedad.  
Queda hecho el depó-  
sito que marca la ley.

---

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO CARRUBIAS

---

Establecimiento tipográfico, Campomanes, 4.

## DULCE DUÑO

I

### *Escuchad.*

Fuera, llueve: — lluvia blanda, primaveral. No es tristeza lo que fluye del cielo; antes bien, la hilaridad de un juego de aguas pulverizándose con refrescante goteo menudo. Dentro, en la paz de una velada de pueblo tranquilo, se intensifica la sensación de calmoso bienestar, de tiempo sobrante, bajo la luz de la lámpara, que proyecta sobre el hule de la mesa un rondel anaranjado.

La claridad da de lleno en un objeto maravilloso. Es una placa cuadrilonga de unos diez centímetros de altura. En relieve, campea destacándose una figurita de mujer, ataviada con elegancia fastuosa, á la moda del siglo XV. Cara y manos son de esmalte; el ropaje, de oros cincelados y también esmaltados, se incrusta de minúsculas gemas, de pedrería refulgente y diminuta como puntas de alfiler. En la túnica, traslucen con vítreo reflejo los car-

meses; en el manto, los verdes de esmeragdita. Tendido el cabello color de miel por los hombros, rodea la cabeza diadema de diamantillos, sólo visibles por la chispa de luz que lanzan. La mano derecha de la figurita descansa en una rueda de oro oscuro, erizada de puntas, como el lomo de un pez de aletas erectas. Detrás, una arquitectura de finísimas columnas y capitellos áureos.

En sillones forrados de yute desteñido, ocupan puesto alrededor de la mesa tres personas. Una mujer, joven, pelinegra, envuelta en el crespón inglés de los lutos rigurosos. Un vejezuelo vivaracho, seco como una nuez. Un sacerdote cincuentón, relleno, con sotana de mucho reluz, tersa sobre el esternón bombeado.

—¿Leo ó no la historia?—urge el eclesiástico, agitando un rollo de papel.

—La patraña—crítica el seglar.

—La leyenda—corrige la enlutada—. Cuan-  
to antes, señor Magistral. Deseando estoy saber algo de mi Patrona.

—Pues lo sabrás... Es decir, en estos asuntos, ya se te alcanza que las noticias rigurosamente históricas no son copiosas. Hay que emitir alguna suposición, siempre razonada, en los puntos dudosos. Yo someto mi trabajo á la decisión de nuestra Santa Madre la Iglesia. Vamos, la sometería si hubiese de publicar. Aquí entre nosotros, aunque adorne un poco... En no alterando la esencia... Y saltaré mucho, evitando prolijidades. Y á veces no leeré; conversaremos.

La pelinegra se recostó y entornó los ojos para escuchar recogida. El vejete, en señal de superioridad, encendió un cigarrillo. El canónico rompió á leer. Tenía la voz pastosa, de registros graves. Tal vez al transcribir aquí su lección se deslicen en ella bastantes arrequives de sentimiento ó de estética que el autor reprobaría.

«Catalina nació hija de un tirano, en Alejandría de Egipto. No está claro quién era este tirano, llamado Costo. Es preciso recordar que después del asedio y espantosa debelación de la ciudad por Diocleciano *el Perseguidor*, que ordenó á sus soldados no cejar en la matanza hasta que al corcel del César le llegase la sangre á las corvas, vino un período de anarquía en que brotaron á docenas régulos y tiranuelos, y hubo, por ejemplo, un cierto Firmo, traficante en papiros, que se atrevió á batir moneda con su efigie...»

Interrupción del vejezuelo.

—Para usted, Carranza, el caso es que el cuento revista aire de autenticidad...

—Déjeme oír, amigo Polilla...—suplicó la de los fúnebres crespones—. Sin un poco de ambiente, no cabe situar un personaje histórico.

—¡Bah! Este personaje no es...

—¡Silencio!

«Alejandría, por entonces, fué el punto en que el paganismo se hizo fuerte contra las ideas nuevas. Porque el paganismo no se defendía tan sólo martirizando y matando cristianos;

hasta los espíritus cultos de aquella época dudaban de la eficacia de una represión tan atroz. Acaso fuese doblemente certero desmenuzar las creencias y los dogmas, burlarse de ellos, inficionarlos y desintegrarlos con herejías, sofismas y malicias filosóficas...»

Inciso.

—La estrategia de nuestro buen amigo don Antón...

Polilla se engalló, satisfecho de ser peli-groso.

«No ignoran ustedes los anales de aquella ciudad singularísima, desde que la fundó Alejandro dándole la forma de la clámide macedonia hasta que la arrasó Omar. Olvidado tendrán ustedes de puro sabido que el primer rey de la dinastía Lagida, aquel Tolomeo Sotero, tan dispuesto para todo, al instituir la célebre Escuela, hizo de Alejandría el foco de la cultura. Decadente ó no, en el mundo antiguo la Escuela resplandece. La hegemonía alejandrina duró más que la de Atenas; y si bajo la dominación romana sus pensadores se convirtieron en sofistas, tal fenómeno se ha podido observar igualmente en otras escuelas y en otros países.

Bajo Domiciano empezó á insinuarse en Alejandría el cristianismo. Notóse que bastantes mujeres nobles, que antes reían á carcajadas en los festines, ahora se cubrían los cabellos con un velo de lana y bajaban los ojos al cruzar por delante de estatuas... así... algo impúdicas...»

—Vamos, las primeras beatas...—picoteó Polilla.

»—Es el caso que griegos y judíos—hiló el Magistral—andaban, en Alejandría, á la greña continuamente. Con el advenimiento de los cristianos se complicó el asunto. La confusión de sectas y teologías hizose formidable. Allí se adoraba ya á Jehová ó Jahveh, á la Afrodita, llamada por los egipcios Hathor, al buey Apis y á Serapis, que según el emperador Adriano no era otra cosa sino un emblema de Nuestro Señor Jesucristo, el cual, bajo su verdadero nombre, empezó á ser esperanza y luz de las gentes. Y en Alejandría, además de la persecución pagana, surgió la persecución egipcia, y el pueblo fanatizado degolló á muchos cristianos infelices...»

—¿Eeh?—satirizó don Antón.

—¡Digo, felicísimos!

»Diocleciano, que parece el más perseguidor de los Césares, tenía sus artes de político, y en Egipto no quería meterse con los dioses locales. Al ver la impopularidad de los cristianos, les sentó mano fuerte. En tal época, cuando el cristianismo aun suscitaba odio y desprecio, despunta la personalidad de Catalina.

Esta mujer es de su tiempo, y en otro siglo no se concibe. Y su tiempo era de pedantería y de cejas quemadas á la luz de la lámpara. En Egipto, las mujeres se dedicaban al estudio como los hombres, y hubo reinas y poetisas notables, como la que compuso el célebre himno al canto de la estatua de Memnon. No ex-

trañemos que Catalina profundizase ciencias y letras. En cuanto á su físico, es de suponer, que, siendo de helénica estirpe (el nombre lo indica), no se pareciese á las amarillentas egipcias, de ojos sesgos y pelo encrespado.

Se educó entre delicias y mimos, en pie de princesa altanera, entendida y desdenosa. Llegó la hora en que parecía natural que tomase estado, y se fijó en la cohorte de los mozos ilustres de Alejandría, que todos bebían por ella los vientos. Fueron presentándose, y al uno porroso, y al otro por desaliñado, y á éste por partidario del zumo parral, y á aquél por corrompido y amigo de las daifas, y al de la derecha por afeminado, y al de la izquierda por tener el pie mal modelado y la pierna tortuosa, á todos por ignorantes y nada frecuentadores del Serapión y de la Biblioteca, les fué dando, como diríamos hoy, calabazas...

Con esto se ganó renombre de orgullosa, y se convino en que, bajo las magnificencias de su corpiño, no latía un corazón. Sin duda Catalina no era capaz de otro amor que el propio; y sólo á sí misma, y ni aun á los dioses, consagraba culto.

Algo tenía de verdad esta opinión, difundida por el despecho de los *procos* ó pretendientes de la princesa. Catalina, persuadida de las superioridades que atesoraba, prefería aislarse y cultivar su espíritu y acicalar su cuerpo, que entregar tantos tesoros á profanas manos. Su existencia tenía la intensidad y la amplitud de las existencias antiguas, cuando muy

pocos poderosos concentraban en sí la fuerza de la riqueza, y por contraste con la miseria del pueblo y la sumisión de los esclavos, era más estético el goce de tantos bienes. Habitaba Catalina un palacio construído con mármoles venidos de Jonia, cercado de jardines y refrescado por la virazón del puerto. Las terrazas de los jardines se escalonaban salpicadas de fuentes, pobladas de flores odoríferas traídas de los valles de Galilea y de las regiones del Atica, y exornadas por vasos artísticos robados en ciudades saqueadas, ó comprados á los patricios que, arruinándose en Roma, no podían sostener sus villas de la Campania y de Sorrento. Para amueblar el palacio se habían encargado á Judea y Tiro operarios diestros en tallar el cedro viejo y tornear el marfil é incrustar la plata y el bronce, y de Italia pintores que sabían decorar paredes al fresco y encáustico. Y la princesa, deseosa de imprimir un sello original á su morada, de distinguir su lujo de los demás lujos, buscó los objetos únicos y singulares, é hizo que su padre enviase viajeros ó le trajese en sus propios periplos rarezas y obras maestras de pintura y escultura, joyas extrañas que pertenecieron á reinas de países bárbaros, y trozos de ágata arborescente en que un helecho parecía extender sus ramas ó una selva en miniatura espesar sus frondas...»

—¿No has notado una cosa, Lina?—se interrumpió á sí mismo el Magistral, volviéndose hacia la pelinegra y abatiendo el tono.

—¿Qué es ello?

—Que todas las representaciones en el arte de Catalina Alejandrina la presentan vestida con fausto y elegancia. Desde luego, en cada época, la vestidura es al estilo de entonces; porque no tenían los escrúpulos de exactitud que ahora. Fijate en esta medalla ó placa que nos has traído. ¿Qué atavíos, eh? Y no es como María Magdalena, que pasó de los brocados á la estera trenzada. Puesta la mano en la rueda de cuchillos que la ha de despedazar, Catalina luce las mismas galas, que son una necesidad de su naturaleza estética. Es una apasionada de lo bello y lo suntuoso, y por la belleza tangible se dirigió hacia la inteligible. Así la tradición, que sabe acertar, hace tan esplendentes las imágenes de la Santa...

—Me gusta Catalina Alejandrina—. Lacónica, la enlutada parpadeó, alisando su negro «gaspar», que le ensombrecía y entintaba las pupilas.

»Pues ha de saberse que los emisarios de Costo aportaron al palacio, entre otras reliquias, dos prendas que, según fama, á Cleopatra habían pertenecido: una era la perla compañera de la que dicen disuelta en vinagre por la hija de los Lagidas—lo cual parece fábula, pues el vinagre no disuelve las perlas—, y la otra presea, una cruz con asas, símbolo religioso, no cristiano, que la reina llevaba al pecho. La perla era de tal grosor, que cuando Catalina la colgó á su cuello—fijate, el artista florentino autor de esa placa no omitió el detalle—hubo en la ciudad una oleada de envidia y de

malevolencia. ¿Se creía la hija de Costo reina de Egipto? ¿Cómo se atrevía á lucir las preseas de la gran Cleopatra, de la última representante de la independencia, la que contrastó el poder de Roma?

Por su parte, los romanos tampoco vieron con gusto el alarde de la hija del tiranuelo. ¿Sería ambiciosa? ¿Pretendería encarnar las ideas nacionales egipcias? ¡Todo cabía en su carácter resuelto y varonil!

También los cristianos—aunque por razones diferentes—miraban á Catalina con prevención. Sabían que el cristianismo era repulsivo á la princesa. No hubiese Catalina perseguido con tormentos y muerte; no ordenaría para nadie el ecúleo ni los látigos emplomados; algo peor, ó más humillante, tenía para los secuaces del Galileo: el desdén. No valía la pena ni de ensañarse con los que serían capaces de martillar las estatuas griegas, con los que huían de las termas y no se lavaban ni perfumaban el cabello. El cristianismo, dentro de la ciudad, se le aparecía á Catalina envuelto en las mallas de mil herejías supersticiosas; y sólo algunos lampos de llama viva de fe, venidos del desierto, la atraían, momentáneamente, como atrae toda fuerza. Los solitarios...»

Polilla, que trepidaba, salta al fin.

—Sí, sí; buenas cosas venían del desierto, de los padres del yermo, ¿no se dice así? ¡Entretenidos en preparar al Asia y á Europa la peste bubónica!

—¿La peste bubónica? —se sorprende Lina.

—La pes-te-bu-bó-ni-ca. Como que no existía, y apareció en Egipto después de que, á fuerza de predicaciones, lograron que no se momificasen los cadáveres, que se abandonasen aquellos procedimientos perfectos de embetunamiento, que los sabios (aunque sacerdotes) egipcios aplicaban hasta á los gatos, perros é icneumones... Al cesar de embalsamar, se arrojaron las carroñas y los cadáveres al Nilo... y cádate la peste, que aún sufrimos hoy.

—Bien... —Lina alzó los hombros.—Con usted, Polilla, se aprende siempre... Pero ahora me gusta oír á Carranza.

«Estábamos en los padres del desierto, los solitarios... Había por entonces uno muy renombrado á causa de sus penitencias aterradoras. Se llamaba Trifón. Se pasaba el año, no de pie sobre el capitel de una columna, á la manera del Estilita, sino tan pronto de rodillas como sentado sobre una piedra ruda que el sol calcinaba. Cuando las gentes de la mísera barriada de Racotis acudían con enfermos para que los curase el asceta, éste se incorporaba, alzaba un tanto la piedra, murmuraba «ven, hermanito», y salía un alacrán, que, agitando sus tenazas, se posaba en la palma seca del solitario.

Machucaba él con un canto la bestezuela, y añadiendo un poco de aceite del que le traían en ofrenda, bendecía el amasijo, lo aplicaba á las llagas ó al pecho del doliente y lo sanaba...»

—¡Absurdo!...

—¿Polilla?...

«Agradecidas y llorosas, las mujerucas del pueblo paliqueaban después con el Santo, refiriéndole las crueldades del César Maximino, peor que Diocleciano mil veces; los cristianos desgarrados con garfios, azotados con las sogas emplomadas, que, al ceñirse al vientre y hendirlo, hacen verterse por el suelo, humeantes y cálidas, las entrañas del mártir... Y rogaban á Trifón que, pues tenía virtud para encantar á los escorpiones, rogase á Jesús el pronto advenimiento del día en que toda lengua le alabe y toda nación le confiese.

—Reza también —imploraban— por que toque en el corazón á la princesa Catalina, que socorre á los necesitados como si fuera de Cristo, pero es enemiga del Señor y le desprecia. ¡Lástima por cierto, porque es la más hermosa doncella de Alejandría y la más sabia, y guarda su virginidad mejor que muchas cristianas!

—Sólo Dios es belleza y sabiduría —contestaba el asceta—. Pero despedidos los humildes, gozosos con las curaciones; al arrodillarse en el duro escabel, mientras el sol amojamaba sus carnes y encendía su hirsuta barba negra— la idea de la princesa le acudía, le inquietaba—. ¿Por qué no curarla también, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo? Sería una oveja blanca, propiciatoria...

Una madrugada— como á pesar suyo— Trifón descendió de la piedra, requirió su báculo, y echó á andar. Caminó media jornada arreo, hasta llegar á Alejandría, y cerca ya de la ciudad siguió la ostentosa vía canópica, y dere-

cho, sin preguntar á nadie, se halló ante la puerta exterior del palacio de Costo. Los esclavos januarios se rieron á sabor de su facha, y más aún de su pretensión de ver á la princesa inmediatamente.

—Decidla — insistió el solitario — que no vengo á pedir limosna, ni á cosa mala. Vengo sólo á hablarla de amor, y le placará escucharme.

Aumentó la risa de los porteros, mirando á aquel galán hecho cecina por el sol, y cuya desnudez espartosa sólo recataban jirones empolvados de sayo de Cilicia.

—Llevad el recado — insistió el asceta —. Ella no se reirá. Yo sé de amores más que los sofistas griegos con quienes tanto platica.

—¡Es un filósofo!... — secretaron respetuosamente los esclavos; y se decidieron á dar curso al extraño mensaje, pues Catalina gustaba de los filósofos, que no siempre van aliñados y pulcros.

Catalina estaba en su sala peristila; á la columnata servía de fondo un grupo de arbustos floridos, constelados de rojas estrellas de sangre. Aplomada, en armoniosa postura, sobre el trono de forma leonina, de oro y marfil, envuelta en largos velos de lino de Judea bordados prolijamente de plata, había dejado caer el rollo de vitela, los versos de Alceo, y acodada, reclinado el rostro en la cerrada mano, se perdía en un ensueño lento, infinito. Hacía tiempo ya que, con nostalgia profunda, añoraba el amor que no sentía. El amor era el remate, el broche divino de una existencia tan

colmada como la suya; y el amor faltaba, no acudía al llamamiento. El amor no se lo traían de lejanos países, en sus fardos olorosos, entre incienso y silfio, los viajeros de su padre.

—¿De qué me sirve — pensaba — tanto libro en mi biblioteca, si no me enseñan la ciencia de amar? Desde que he empapado el entendimiento en las doctrinas del divo Platón, que es aquí el filósofo de moda, siento que todo se resuelve en la Belleza, y que el Amor es el resplandor de esa belleza misma, que no puede comprender quien no ama. ¡No sabe Plotino lo que se dice al negar que el amor es la razón de ser del mundo! Plotino me parece un corto de vista, que no alcanza la identidad de lo amante con lo perfecto. En lo que anda acertado el tal Plotino, es en afirmar que el mundo es un círculo tenebroso y sólo lo ilumina la irradiación del alma. Pero mi alma, para iluminar mi mundo, necesita encandilarse en amor... ¿Por quién?...

Y las imágenes corpóreas y espirituales de sus procos desfilaron ante el pensamiento de Catalina, y, esparciendo su melancolía, rió á solas. — Volvió la tristeza pronto.

—¿Dónde encontrar esa suprema belleza de la forma, que según Plotino trasciende á la esencia? ¡Oh, Belleza! ¡Revélate á mí! ¡Déjame conocerte, adorarte y derretir en tu llama hasta el tuétano de mis huesos!

El pisar tácito de una esclava negra, descalza, bruñida de piel, se acercó.

—Desea verte, princesa, cierto hombrecillo

andrajoso, ruin, que dice que sabe de amores.

—Algún bufón. Hazle entrar. Prepara un cáliz de vino y unas monedas.

Trifón entró, hiriendo el pavimento de jaspe pulimentado con su báculo de nudos. Al ver á Catalina se detuvo, y en vez de inclinarse, la miró atentamente, dardeándola con ojeadas de fuego al través de las peludas cejas que le comían los párpados rugosos.

—Siéntate—obsequió Catalina—, habla, di de amor lo que sepas. Por desgracia no será mucho.

—Es todo. Vengo de la escuela de amor, que es el desierto.

—¿Eres uno de esos solitarios? En efecto, tu piel está recocida y baqueteada al sol. De amor entenderás poco, aun cuando, según dicen, no sois aficionados á contaminar vuestra carne con la furia bestial de los viciosos, lo cual ya es camino para entender. El amor es lo único que merece estudiarse. Cuando razonamos de ser, de identidad, de logos, de ideas madres..., razonamos de amor sin saberlo. Oye... ¿No quieres pasar al caldario antes de comunicarme tu sabiduría? Mis esclavas te fregarán, te ungerán y te compondrán ese pelo. Siempre que viene un sofista, le fregamos.

—Yo no soy un sofista. Vivo tan descuidado de mi cuerpo como los cínicos, pero es por atender á la diafanidad y limpieza de mi alma. El cuerpo es corruptible, Catalina. ¿No has visto nunca una carroña hirviendo en gusanos? ¿A qué cuidar lo que se pudre?

—Como quieras... Háblame desde alguna distancia...

—Catalina—empezó preguntando—¿porqué no te has casado con ninguno de tus pretendientes? Los hay gallardos, los hay poderosos.

—Tu pregunta me sorprende, si en efecto entiendes de amor. No basta que mis procos, ó mejor dicho, algunos de mis procos, sean gallardos, dado que lo fuesen, que sobre eso cabe discusión. Sería necesario que yo encarnase en ellos la idea sublime de la hermosura. ¿No acabas de decir que el cuerpo se corrompe? Mis pretendientes están ya agusanados, y aún no se han muerto. Yo sueño con algo que no se parece á mis suspirantes. No sé dónde está, ni cómo se llama. De noche, cuando boga Diana al través del éter, tiendo los brazos á lo alto, donde creo ver una faz adorable, cuyo encanto serpea por mis venas.

—Pues eso que buscas, princesa, yo te lo traigo.

En vez de mofarse, Catalina se volvió grave.

—Dime tu nombre, Padre—exhaló, casi á su pesar.

—Trifón, el penitente.

—¿Cristiano?

—Sí.

—¿Santo, como dicen?

—No. El mayor de los pecadores. Bajo la piedra en que vivo hay un nido de escorpiones enconados, y así tengo á mis pasiones, sujetas y aplastadas por la penitencia. Pero allí están, acechando para hincar su aguijón.

—Seas santo ó bandolero, adorador de Cristo, de Serapis ó de la excelsa Belleza, que es la única verdad...

—¡No blasfemes, Catalina, pobre tórtola triste que no encuentra su pareja, que gime por el amado!

—Digo que seas quien fueres, para mí serás la misma encarnación humana de Apolo Kaleocrator, si me haces conocer la dicha de amar.

—¿Eres capaz de todo... ¡de todo! por conseguirla?

—¿Quieres tesoros? ¿Quieres una copa de unicornio, llena de mi sangre?

—La copa... Pudiera ser que la quisiese... no yo, sino tu amante, el que vas á conocer presto. ¿Ves mi fealdad? Infinitamente mayor es su hermosura. Y déjate de raiocinios, de Plotino y de Platón. Amar es un acto. Yo te llevo al amor y no te lo explico. No te fatigues en pensar. Ama.

—Sobre ascuas pisaría por acercarme al que he de amar. ¿Será también un príncipe? Porque varón de baja estofa, para mí no es varón.

—Es un príncipe asaz más ilustre que tú.

—¡Eso, sólo Maximino César!—se ufanó Catalina.

—¡Maximino, ante él... hisopo al pie del cedro! —Mañana, á esta misma hora, sola, purificada, vestida humildemente, saldrás de tu palacio sin ser vista, y caminarás por detrás del Panoeum, hasta donde veas una construc-

ción muy pobre, una especie de célula, que llamamos ermita. El lugar estará solitario, la puerta franca. ¿Entrarás sin miedo?

—No sé lo que sea temor.

—Allí, dentro de la ermita, aguardarás al que has de amar en vida y más allá de la muerte. Á aquel cuyos besos embeodan como el vino nuevo y en cuyos brazos se desfallece de ventura. Al que en la sombra, con recatados pasos, se acerca ya á tu corazón...

Catalina cerró los ojos. Un aura vibrátil y palpitante columpiaba la fragancia de los jardines. Parecía un suspirar largo y ritmado.

Cuando abrió los párpados, había desaparecido el penitente.

\*  
\*

La princesa pasó la noche con fiebre y desvelo. Vió desfilas formas é ideas madres, los arquetipos de la hermosura, representados por las maravillosas envolturas corporales de los dioses y los héroes griegos. Apolo Kaleocrator, árbitro de la belleza, apoyado en su lira de tortuga, inundados los hombros por los bucles hilados de rayos de luz; Dionisos, con el fulgor y manchado despojo del tigre sobre las morenas espaldas tersas y recias; Aquiles (á quien deseó frecuentemente Catalina haber conocido ante Troya, envidiando á Briseida, que tuvo la suerte de vestirle la túnica), y el pío Eneas, el infiel á la mísera reina africana... ¿Sería al-

guno como éstos quien la aguardase en la ermita?

Que el solitario fuese un malhechor y la atrajese á una celada, no lo receló Catalina ni un instante. Podría acaso ser un hechicero: acusábase á los cristianos de practicar la magia. Sin duda, para resistir así el martirio, poseían secretos y conjuros. Quizás iban á emplear con ella el filtro del amor... ¡Por obra de filtro, ó como fuese, la princesa ansiaba que el amor se presentase! ¡Amar, deshacerse en amor, que el amor la devorase, cual un león irritado y regio!—Siguió las instrucciones de Trifón exactamente. Se bañó, purificó y perfumó, como en día de bodas; se vistió interiormente tunicela de lino delgadísimo, ceñida por un cinturón recamado de perlas; y, encima, echó la vestimenta de burdo tejido azul lanoso que aun hoy usan las mujeres *fellahs*, el pueblo bajo de Egipto. Calzó sandalias de cuerda, igual que las esclavas, mullendo antes con seda la parte en que había de apoyar la planta del pié. Un velo de lana tinto en azafrán envolvió su cabeza. Así disfrazada y recatada, salió ocultamente por una puerta de los jardines que caía al muelle, y se confundió entre el gentío. Costeado el muelle, torció hacia la avenida de las Esfinges, cuyo término era la subida especial del Panoeum ó santuario del dios Pan, montaña cuya vertiente opuesta conducía á la ermitilla, emboscada entre palmeras y sicomoros.»

—Oiga usted—zumbó Polilla—. ¿Sabe usted

que me va pareciendo un poco ligerita de cascos la princesa? Si no la declarasen ustedes santa...

—Don Antón—amenazó Lina—, ó me deja usted oír en paz, ó le expulso ignominiosamente.

«A un lado y á otro de la monumental avenida alineábanse, sobre pedestales de basalto, las Esfinges de granito rosa, de dimensiones semicolosales. A los rayos oblicuos del sol muriente, el pulimento del granito tenía tersuras de piel de mujer. Las caras de los monstruos reproducían el más puro tipo de la raza egipcia, ojos ovals, facciones menudas, barbillas perfectas; el tocado simétrico hacía resaltar la delicada corrección del melancólico perfil. Hasta la cintura, el cuerpo de las Esfinges era femenino, pero sus brazos remataban en garras de fiera, cuyas uñas aparentaban hincarse en la lisura del pedestal. Dijérase que se contraían para desperezarse y saltar rugiendo. Sintió Catalina aprensión indefinible. Respiró mejor al acometer la subida espiral que conducía al Panoeum, entre setos de mirto, el arbusto del numen, que de trecho en trecho florecían las rosas de Hathor Afrodita, encendidas sobre el verdor sombrío de la planta sagrada. La brisa de la tarde estremecía los pétalos de las flores, y el espíritu de Catalina temblaba un tanto, en la expectativa de lo desconocido.

Pasó rozando con el templo y descendió la otra vertiente. Detrás del santuario asomaba

una colina inculta, y en un repliegue del terreno se agazapaba la ermita humilde; una construcción análoga á las del barrio de Racotis, de adobes sin cocer y pajizo techo. En la cima una cruz de caña revelaba la idea del edificio. La reducida puerta se abría de par en par. Catalina la cruzó; allí no había alma viviente. En el fondo, un ara de pedruscos desiguales soportaba otra cruz no menos tosca que la del frontispicio, y en grosero vaso de barro vidriado se moría un haz de nardos silvestres. La princesa, fatigada, se reclinó en el ara, sentándose en el pedáneo de piedra que la sostenía. Rendida por el insomnio calenturiento de la noche anterior, anestesiada por la frescura y el silencio, se alejó, como si hubiese bebido cocimiento de amapolas. Y he aquí lo que vió en sueños:

Subía otra vez por la avenida de las Esfinges, pero no al caer de la tarde, sino de noche, con el firmamento turquí todo enjoyado de gruesos diamantes estelares. Bajo aquella luz titiladora, los monstruos semi-hembras, de grupa viril, parecían adquirir vida fantástica. Estirándose felinamente, se incorporaban en los zócalos, y crispaba los nervios el roce de sus uñas sobre la bruñida dureza del pedestal. Sus caras humanas, perdiendo la semejanza, adquirían expresión individual, se asemejaban á personas. Catalina, atónita, reconocía en las Esfinges tan pronto á sus pretendientes desairados, como á los sofistas y ergotistas que discutían en su presencia. Allí estaban Mnesio, Teopompo, Caricles, Gnetes, sus contertulios,

erizados de argucias, duchos en la controversia, discípulos del Peripato algunos, los más de Platón. De sus labios fluían argumentos, demostraciones, objeciones, definiciones, un murmurio intelectual que resonaba como el oleaje; marea confusa en que flotan las nociones de lo creado y lo increado, lo sensible y lo inteligible, las substancias inmutables y los accidentales perecederos; y en conjunto, al fundirse tantos conceptos en un sonido único, lo que se destacaba era una sola palabra: *Amor*.

Y las otras Esfinges, que tenían el semblante de los desairados procos, murmuraban también con tenaz canturía: *Amor*; y sus ojos chispeaban, y sus garras se encorbaban para iniciar el zarpazo, y gañían bajo y lúgubre, como chacales en celo, y un aliento hediondo salía de sus bocas, y su cuarto trasero de animales se enarcaba epilépticamente. Catalina emprendía la fuga, y la hueste de fieras, á su vez, corría, galopaba, hiriendo la arena y soliviantándola con sus patas golpeadoras. La desatada carrera de los monstruos, su jadear anheloso tras la presa, era como el desborde enfurecido de un torrente. No podía acelerar más su huida la princesa: angustiada, apretaba contra el pecho sus vestiduras, en las cuales ya dos veces había hecho presa la zarpa de las Esfinges.—Me desnudarán—calculaba—, y cuando caiga avergonzada y rendida, se cebarán en mí.—El horror activaba su paso. Los pies, rotas las sandalias, se herían en los guijarros, se

deshonraban con el polvo; y, en medio de su espanto, aún deploraba Catalina:—¡Mis pies de rosa, mis pies pulidos como ágatas, mis pies sin callosidad! ¡Se me estropean! ¡Ay pies míos!

Paralizado de fatiga el corazón, iba á desplomarse, cuando se le ofreció un asilo, la boca de una cueva... la ermita. Débil lucecilla ardía dentro. Catalina se precipitó... y creyó en una pesadilla. Detrás no había nadie; ni rastro de los monstruos. Sólo se veía, á lo lejos, la blanca mole marmórea del Panoeum, y por dosel el cielo claveteado de luminares, á guisa de manto triunfal.

Ancha inspiración dilató los pulmones de Catalina. Su sangre circuló rápida, deliciosamente distribuída por los casi exánimes miembros. Una luz difusa comenzó á flotar en el aire; la cueva se iluminó. La luz crecía y era como de luna cuando al nacer asoma color de fuego, reflejando aún los arreboles solares. Y en el foco más luminoso, abriéndose paso, surgieron dos figuras: una mujer y un hombre. Ella parecía de más edad, pálida, marchitos y entumecidos los párpados por el sufrimiento; él era garzón, y á su juventud radiante acompañaba belleza portentosa. Catalina, juntando las manos, le miró con enajenamiento. Ni había visto un sér semejante, ni creía que pudiese existir. Curiosa en estética, solía ordenar que le presentasen esclavos hermosos, no con fines de impureza, sino para admirar lo perfecto de la forma en las diversas razas del mundo. Los com-

paraba á las creaciones de Fidias, á los sacros bultos de las divinidades, y comprendía que por modelos así se forjan las obras maestras. Pero el aparecido era cien veces más sublime. Á la perfección apolínica de la forma reunía una expresión superior á lo bello humano. Desde sus ojos miraba lo insondable. Emitían claridad sus cabellos partidos por una raya, irradiando en bucles color de dátil maduro, y la majestad de su faz delicadísima era algo misterioso, que se imprimía en las entrañas y salteaba la voluntad. El mozo debía de ser un alto personaje, como había dicho Trifón; más alto que el César. Sus pies desnudos se curvaban, mejor delineados que los del Arquero. Sus manos eran marfil vivo. Y Catalina, postrada, sintió que al fin el Amor, como un vino muy añejo cuya ánfora se quiebra, inundaba su alma y la sumergía. Tendió los brazos suplicante. El mozo se volvió hacia la mujer que le acompañaba.

—¿Es esta la esposa, madre mía?

—Esta es—afirmó una voz musical, inefable.

—No puedo recibirla. No es hermosa. No la amo...

Y volvió la espalda. La luz lunar y ardiente se amortiguaba, se extinguía. Los dos personajes se diluyeron en la sombra.

Catalina cayó al suelo, con la caída pesada del que recibe herida honda de puñal. Poco á poco recobró el conocimiento. Se levantó; al pronto no recordaba. La memoria reanudó su cadena. Fué una explosión de dolor, de bo-

chorno. ¡Ella, Catalina, la sabia, la deseada, la poderosa, la ilustre, no era bella, no podía inspirar amor!

\* \* \*

Salió de la ermita y caminó paso á paso, ya bajo la verdadera luz de Selene: había anochecido por completo. Las Esfinges, inmóviles sobre sus zócalos de negro basalto, no la hostilizaron; sólo la impusieron la majestad de su simetría grandiosa. Costeando el muelle, donde cantaban roncadas coplas los marineros beodos, se deslizó hasta el palacio. Las esclavas acudieron, disimulando la extrañeza y la malicia con servil solicitud. Aprestaron el baño tibio, presentaron los altos espejos de bruñida plata. Y la princesa, arrancándose el plebeyo disfraz, se contempló prolijamente. ¿No era hermosa? Si no lo era, debía morir. Lo que no es bello no tiene derecho á la vida. Y, además, ella no podía vivir sin aquel príncipe desconocido que la desdeñaba. Pero los espejos la enviaron su lisonja sincera, devolviendo la imagen encantadora de una beldad que evocaba las de las Deas antiguas. Á su torso escultural faltaba solo el cinturón de Afrodita, y á su cabeza noble, que el oro calcinado con reflejos de miel del largo cabello diademaba, el casco de Palas Atenea. Aquella frente pensadora y aquellos ojos verdes, lumínicos, no los desdeñaría la que nació de la mente del Aguileno. ¿No ser hermosa? El príncipe suyo no la había visto... ¡Acaso el disfraz de la plebe encubría el brillo

de la hermosura! Era preciso buscar al aparecido, obligarle á que la mirase mejor; y para descubrir dónde se ocultaba, hablar á Trifón, el Solitario.

Con fuerte escolta, en su litera mullida de almohadones, al amanecer del siguiente día, la hija de Costo emprendió la expedición al desierto. Su cuerpo vertía fragancia de nardo espique; su ropaje era de púrpura, franjeado de plumaje de aves raras, por el cual, á la luz, corrían temblores de esmeralda y cobalto; sus pies calzaban coturnillos traídos de Oriente, hechos de un cuero aromoso; y de su cuello se desprendían cascadas de perlas y sartas de cuentas de vidrios azul, mezcladas con amuletos. Ante la litera, un carro tirado por fuertes asnos conducía provisiones, bebidas frías y tapices para extender. En pocas horas llegaron á la región árida y requemada, guarida de los cenobitas. Cuando descubrieron á Trifón, le tomaron al pronto por un tronco seco. Un pájaro estaba posado en sus hombros, y voló al acercarse la comitiva.

Catalina ordenó distanciarse á su séquito; descendió y se acercó, implorante, al asceta.

—Vengo—impetró—á que me devueivas lo que me has quitado. ¡Dame mi serenidad, mi razón! ¡El dardo me ha herido, y no sé arrancármelo! Dime dónde está él, é iré á encontrarle entre áspides y dragones. Si no le parezco hermosa, haz por tus artes de magia y tu sabiduría que se lo parezca. Ó hazme morir, pues con la vida no puedo vivir ya...»